

D 40

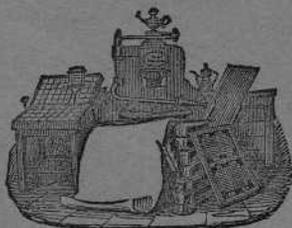
ROMANCERO

DE

LA JURA EN SANTA GADÉA

por

D. JOSÉ MARTINEZ RIVES.



BURGOS.—1878.

Imprenta de A. REVILLA.

BPE Burgos



3398406 BU 3991 (4)

1000000

BU 3991 (4)

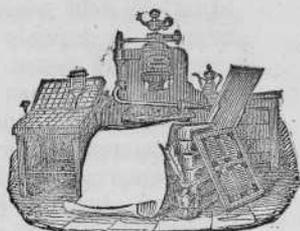
ROMANCERO

DE

LA JURA EN SANTA GADÉA

por

D. JOSÉ MARTINEZ RIVES.



BURGOS.—1878.

Imprenta de A. REVILLA.



B.P. BURGOS
N.R. 110900
N.T. 74025
C. 98406
BU
3991
4

HOMAJE

LA JURA EN SANTA CADEA

D. JOSE MARTIN BARRA



IMPRESA

DE LA JURA

I.

SATISFACCION.

PREGUNTAR has, por ventura,
Del autor de este trabajo,
Benigno lector, y debo
Salir de tu senda al paso,
Pues mas que yo respondiéndote
Hiciste tu al preguntarlo
Y entrambas Castillas tienen
Procederes siempre francos.
Yo soy la miés que produce
Fruto limpio, bien que tardo,
Corazon siempre en tormenta,
Mas que nunca ha naufragado,
Pues la carga y equipage
De las ondas sacó à salvo
Por entrambos hemisferios
Aire y tierra navegando.
Yo soy la fuente que mana
Dó la breña hirió el Pegaso,
Yo soy la rica Castàlia
Que corre la cuesta abajo
A regar la praderia
Dó van à cantar los pájaros.
Soy yo la calàndria amante
Que se remonta cantando

Sobre aquel nido de amores
Escondido en el sembrado,
Y al ver que se aleja mucho
Y pía el polluelo abajo,
Recogiendo de sus alas
El abanico esmaltado,
Del Cielo caer se deja
Tan súbito como rayo.

Oye por que tengo amores
De limpios enamorados,
Y escucha, que, como Orfeo
Doy sentimiento á los cantos
Y como Anfión á las fieras
Doméstico, tengo y mando.

Risa cual la Primavera,
Fruto cual Otoño tráigo,
Y soy la fresca enramada
Cuando el Sol está quemando.

Escondo ninfas en rios,
En bosques tropas de sátýros,
Y se forman con espumas
Los génios en los peñascos.

Me enseñan las avecillas
La música de su cántico,
Y sus misterios los valles,
Y del profundo Oceáno
Se paseár á pié enjuto,
Cuando me place, los ámbitos.

Trueno, tambien, cual tormenta,
Y brillo como relámpago,
El sueño soy, que tranquilo
Va cerrando el triste párpado,
Y por decirtelo junto
Un trovador castellano.

EL CASTELLANO.

«Don Sancho ha muerto en Zamora
A mano vil de Bellido
Y son pareceres varios
Los que juzgan lo que han visto.
Todos llaman execrable
El crimen del asesino,
Cobarde como habrá pocos
Y por lo aleve inaudito,
Pero hay muchos que á eso añaden,
Que es providencial castigo
De quién tanta ambicion tuvo
Y fué tan airado hijo
Que Castilla estimó en poco,
Segun su sed de dominio,
Y olvidó de Don Fernando
El mandato y el aviso;
Y el hombre bien ó mal obra,
Por tener libre alvedrío,
Mas, la ley de la justicia
Es de muertos cual de vivos,
Y se cumple inexorable
Sobre grandes, sobre chicos,
Sobre humildes y altaneros
Sin poder nadie impedirlo:»
Esto cuenta un castellano
Al pié de un peñón partido,
De unos robles á la sombra,
Y orilla alegre de un rio,
Que tropezando incesante

En despedazados riscos,
Trueca en aljófares puros
Su linfa con regocijo.

—¿Y qué Rey, padre, tenemos,
Si murió Don Sancho allivo

De los muros de Zamóra
Junto al pardo precipicio?

—Don Alfonso habrá de serlo.

—¿Pues no está en Toledo huido?

—De quien huya ya no tiene

Pues ha muerto su enemigo,

Y varon pide este Reino

Y varon de aliento y tino.

—El moro, diz, que le trata

Como á príncipe es debido.

—Tocante á tal tratamiento

Hablar prudente es preciso,

Que andan moros por la costa

Y alárabes beluínos,.....

Y es peór lo que la saña

Podrá decir, hijo mio,

De la envidia que emponzoña

Cuanto llega á sus oídos.

—¿Qué dirá,? padre:

—Que acaso

Don Alfonso parte ha sido

Para que Don Sancho muera

Bajo puñales vendidos;

Y advierte que la calumnia

De tal fuerza y poderío

Es niebla, que no hay contorno

Que deje de sombra limpio,

Y veneno que se infiltra

Hasta en pechos diamantinos,

Y mancha que nunca lavan
Ni leyes ni sacrificios.
—¿Qué se hace el buen castellano?
Dijo, en esto, un campesino
Que á paso largo los suyos
Llevaba en un senderillo
Cual cinta que la montaña
Mostraba de prado en risco.
—¿Adónde bueno?

—Hacia Burgos.

—¿Con prisa tal?

—Ha salido

Don Alfonso de Toledo
De Doña Urraca al aviso.
—Harto es.

Mas no bastante.

—¿Eso mas?

—Que no es lo mismo

Salir de manos de infieles
Que llegar á su destino.

—¿Qué me admira!

—Que ánde presto.

Y fueron los dos y el chico.

III.

EL REY EN BURGOS.

—
Con gran tropél de caballos
Ginete en el mejor de ellos,
Tan de prisa que parece
Venir en alas del viento
Se acerca á la antigua Burgos

El rey Don Alfonso el sexto.

La densa nube de polvo
Cada vez va mas creciendo,
Y en los espacios que deja,
Cuando es de roca el terreno,
Lucir y brillar se advierten,
Así cual rayo de fuego,
No las mallas, ni los cascos,
Ni escudos, ni adornos régios,
Mas las hojas de las lanzas,
Los ojos de los guerreros.

Es que viene el castellano
Desde la anciana Toledo
En la adversidad probado,
Gran crisól entre los buenos,
De condicion noble y llana,
Liberál por todo estremo
Segun cuentan leoneses,
Lusitanos y gallegos,
Que el hombre cual los metales
Tiene un son que dar al viento.

Al pié de una cuestezuela,
Pasado el rio, en el puesto
Prevenido como suelen
Los del castellano pueblo,
Al Rey á parar obligan
Cuatro pares de maceros
Que van caminando al frente
De cien nobles descubiertos
Que llevan un pendón alto
Que tiene bordado un viejo
Coronado de un castillo
Con bordadura de oro y flecos,
La cual matizan y adornan

Otros castillos pequeños.

Y el mas noble por anciano,
Y por tal causa el primero,
Se llega al Rey y le dice
En muy pausados acentos.

«Don Alfonso, que á Castilla

Asi vienes de Toledo
Para rey de castellanos,
Que es decir de rey modelo,

Asi Dios te de ventura
Como todos te queremos

Y estamos á tu servicio
Cual ordenares dispuestos;

Mas, como la buena andanza
Quiere siempre buen comienzo,

Sabrás que al pié de Zamora
A tu hermano ha poco han muerto

Traidora y villanamente
Con escándalo y engueños

Y quien hizo aquel venablo,
Si le pagan, hará ciento.

Que tu no supiste el caso
Hasta que le viste hecho

Creemos de tu conciencia
De tu estirpe y nacimiento;

Y como de la cabeza
Toma direccion el cuerpo,

Y ha de ser quien réine y mande
En buena fama el primero,

Mas por la tuya y bien tuyo
Que por procurar el nuestro,

Los hombres de Burgos dicen
Que has de prestar juramento

Que no hubiste parte alguna

De Zamora en el mal fecho
Antes que Rey te coronen
Y por Rey te proclamemos,
Con lo que se vence y salva
El trance que está por medio
De este suelo que ahora pisas
Y el de Burgos noble suelo.

Si así Don Alfonso quieres
Como nosotros queremos
Burgos que te espera ansiosa
Se llenará de contento;
Pero si es de tal manera
Que no convienes en esto,
Te rogamos, Don Alfonso,
Non quieras entrar adentro.»

Sobrecogióle al monarca
Tal lenguaje de tal seso,
Tan sencillo cual profundo,
Tan pausado y tan á cuento,
Y después de bien guardados
Diéz compases de silencio,
Dijo grave Don Alfonso
Pero en ademán modesto:

«Cada cual es bien que asiente
Donde debe estar su asiento,
Así sabios cual vulgares
Y así reyes como pueblos
Pues está en ninguna parte
Quien no sabe guardar puesto.
Rey es quien tiene vasallos
De prudencia y fundamento
Y los halla en cada caso
Cual es menester dispuestos,
Que los pueblos hacen reyes

Y los reyes rigen pueblos.

Júntense en Cortes en Burgos

Los buenos hombres del Reino

Por que tenga mas sonido

El buen término propuesto

Y al fin se enderecen siempre

Cual es debido, los medios.»

Apenas tal se ha escuchado

Cuando el rastrillo se ha abierto

Y el muro y la barbacana

Paso franco van haciendo,

Y cien estandartes blancos

Se dan á flotar al viento.

Las campanas no dan trégua

A su grato desconcierto,

Y los víctores y vivas

De todo el gentio inmenso

Conmueven las cercanias,

Encienden los sentimientos.

Así subió hasta el Alcázar

El Rey por todo el recuesto,

Y al pasar por las ojivas

Colgadas de terciopelos

Y las alfombradas gradas

Con pendones sarracenos,

Diz que el Rey entre si dijo:

«Mas reparo y mas respeto

Hacen justicias que ruidos

Y que aparatos talentos,

Pues al fin virtud y ciencia

Reyes son del Universo,

Y no fingen joyas tales

Ni tesoros ni aspavientos.

Lo demás de aqueste asunto,

Y suceso de sucesos,
Y tan alto entre los altos,
Y entre novedades nuevo,
Necesita un Rey que jure
Y quien tome el juramento.....
Lo primero..... hallarse puede,
Lo segundo es harto recio.

IV.

JIMENA GOMEZ.

Cid Rui Diaz de Castilla,
Dice Jimena á Rodrigo,
Ni sabeis lo que hora hicisteis,
Ni que hacer en el litigio
Dó os entraron vuestras lides,
Vuestra huéste y vuestro ruido:
Ella fuera, aunque en mal hora,
Quien diera en tal artificio,
Y no vos, que otras empresas
Alcanzáis y otros destinos.
¡Ay de mí! que soy quien llora
Demasías y desvios,
¡Ay de vos! que esquiváis reyes,
De Castilla ¡Ay! por el sino.
—Dejarades, vos, Señora,
De ser siempre dueño mio
Si así celosa no fuérades
De cuanto emprendo ó consigo.
Parado, de mi juzgárades
Que no soy Cid cual lo he sido,
Como lidiando temiérades

De moros verme cautivo:
Esclavo, mal me juzgárades,
Frente al Rey, dáisme perdido.....

Bien haya quien así juzga
Del esposo y del caudillo,
Que en toda parte le quiere,
Pero á su lado é invicto,
Y con tal querer no sabe
Hallarle el lugar ó sitio
Dó se cumplan su deseo,
Su voluntad, su cariño;
—Al corazon acudisteis
Al hablar siempre conmigo,
Pues sabéis más esta guerra
Que esotra del islamismo,
Y sois Cid de las batallas
Cual nadie jamás lo ha sido.

Vos veréis adonde llegan
Dictámenes, desvarios,
Que días siguen á días,
A las envidias oídos,
A oídos lucha y temores,
Y á los temores castigos.
—Y á tal hacer, quien alcanza
Tal audacia y poderío,
Que, más que honor de vasallo,
Halla dentro de si mismo
Monarquía tal que alguna
Comparable no se ha visto,
Ni tuérce de sus deberes
Ni teme de su destino
Ni busca por los extraños
Los pasos de sus caminos
—Visteis, pues,.....

—Estancia corta

En los castellanos riscos.

—¿Y meditáis?

—De Valencia

La conquista.

—¡Cid!

—¿Qué digo?

De Valenciano, Jimena,

Conquista del Paraíso.

Allí de azahar coronas

Os tejen los campesinos,

De laurel los caballeros,

Los corazones, los libros,

Que es mengua ver los infieles

Imperar tales distritos.

La Jura en Santa Gadea,

Que quiere fin y principio,

De hazaña tal es la causa

Para eterno sobrescrito.

V.

COMO SE JUNTAN HOMBRES.

Al pié un monte pelado

Que remata en un Castillo,

En el corto medio espacio

Entre la falda y el rio

Hay un extenso palacio

Segun románico estilo

Qué Burgos ha edificado

Con todo el lujo del siglo.

Entrando por la montaña

A nivel se entra en el piso
Dó los nobles castellanos
Deciden sus compromisos,
Mas por la contraria parte
Para entrar al edificio
Hay treinta y seis escalones
Con dos ó tres decansillos.

Súbiendo ya van por éellos
Los hombres que han elegido
Los de Castilla, que en Cortes
Representen los distritos,
Con largo acompañamiento
De Fueros y Señoríos;
Y es cosa de ver cual suben
Respetuosos y sencillos
Sin mas objeto ni empeño
Que el amor del pueblo mismo
Y la justicia, primero,
De todo fin y principio.

Entre la gente de guerra
Van los Abades y Obispo,
Antiguamente de Oca,
Ya en Burgos establecido
Por que las Infantas quieren
Hacer en el mismo sitio
Donde se hallan los palacios
La Catedral; y contíguo
Al paredon del Alcazar
Hay un salon, harto chico,
Que viene á ser subterráneo,
Húmedo y oscuro y frio,
Pero han colgado del techo
Abovedado y mazizo
Unas lámparas de hierro



Que alumbren todo el recinto.
Treinta escaños de madera
De nogal, un silloncillo,
Una plataforma baja
Hecha de tablas de pino
Con una mesa forrada
De un bordado velludillo
Es todo cuanto allí tienen
Y dos candelas y un Cristo,
Y se van sentando todos
Los próceres reunidos.

Tal hay que la cara apoya
Sobre su báculo antiguo
Pensando en lo que sucede
Cabizbajo y pensativo;
Y tal que, los pies cruzados
Y las manos en el cinto,
Toda la cabeza calva,
Encarnado el rostro altivo,
Espera tranquilamente
A que el acto de principio,
Por que en aquel lugar nunca
Se estima del hombre el dicho
Por el traje ó la riqueza,
La osadía ó el oficio,
La trastienda ó interés,
O el language retoreido.

En esto por el contorno
Se siente ya mucho ruido
De pasos y bastonadas
De hierros y de vestidos,
Y es que baja Don Alfonso
Por que es hora y es preciso.

Van seis guerreros con hachas,

Dos maceros, diez caudillos,
Dos pages y un limosnero
Y seis criados de oficios
Detrás que llevan en hombros
Un palio recogido.

«Hagan todos ceremonia»

Grita un page en el postigo,
Que es de un pedazo la puerta
Y gira toda en un quicio,
Y puestos en pié los próceres,
Se sienta el Rey en su sitio,
Con lo que se sientan todos,
Y comienza aquel magnífico
Espectáculo que asombra,
Y han pasado ya ocho siglos,
Diciendo el Rey—«Buenos hombres:
Por que no hay placer cumplido
En la tierra, y vanse todos
De dolores circuidos,
Al par del gozo que causa
Veros tantos y tan dignos
En esta junta de Burgos,
A Dios gracias, reunidos,
La muerte del Rey Don Sancho
Trueca con luto el regocijo
Allá en Zamora la vieja
Por aquél traidor Bellido.

Infame será quien juzgue
Que Don Alfonso es tal hijo
Que vaya contra el reparto
Que Fernando el magno hizo,
Pues, de León despojado,
Y en Toledo fugitivo,
De si mismo rey fué siempre

Si no de su Reino mismo.

Desterrado, el caso supe,

Y respeté los designios

Del que es Rey de todos Reyes,

Mas, después cumplí conmigo,

Pues no alcanza sin las lágrimas

El buen corazon alivio,

Bien veo, Nobles honrados,

Qué os conmovió lo que he dicho,

Y es lo peor que no tiene

Remedio lo que háis perdido.

Ambicion llamar pudieran

Viage tan repentino,

Tal presteza extraordinaria

Cual la que aquí me ha traído,

Mas, que el poder no me turba

Ni me deslumbra el destino

Podeis ver en que bien veo

Cuanto hago y cuanto digo.

Concurso de entrambas partes,

Del monarca y de sus hijos,

Piden los reinados grandes,

Que no recelos indignos,

Pues litigios de otra clase

Son los mas caros litigios,

Si hay alguno que los gane

De lo cual nada hay escrito

Si no son rios de sangre

O mejor de encono rios.

Y pues que lo demandásteis

Y lo pide el honor mio,

Afirmar lo justo es llano

Jurar cual se debe es lícito.

Santa Gadea del Conde

Que al pié del Castillo hizo
El último de Castilla,
Y el primero en buen designio,
Reál parroquia es hoy de Burgos
Y debe ser su recinto
El que dé lugar al acto
Mas solemne que se ha visto;
Hacéd pues, los castellanos,
Cual merece el compromiso.»

VI.

COMO SON PUEBLOS.

Sublimes son las palabras
De la boca de los reyes,
Si son de sabiduría
Y los hechos las sostienen;
Otro pueblo que el de Burgos
Al oír al rey que viene
Acaso pára en su senda,
De su propósito tuérce,
Pensando de esta manera
Fama ganar de prudente,
Mas, las gentes de Castilla,
Entre el deber y sus reyes
En bien de reyes y pueblos
Están por lo justo siempre.

Con que dijo aquel guerrero
Conde invicto, independiente,
Y llaman Cide los moros
Y hombre bueno todas gentes,
Estas castellanas frases

Que pensarse bien merecen:
«Con amor de buen vasallo
Y el respeto que se debe
Ha oído vuestras palabras
El concurso aquí presente,
Que, si es en alcance corto,
La verdad presto comprende.
Digeron sabios antiguos
Que ser el consejo debe
Rogado, corto y venido
De autoridad competente,
Y éste tal buscó Castilla,
Y con él va donde fuere.
Dios haya al Rey en su gloria,
Que fué Don Sancho valiente,
Y en el celo por su causa
No tuvo quien le excediese,
Si bien comenzó sus fastos
Por donde acabar debiere.
Con él fué Rodrigo Diaz
Y con vos fué frente á frente
Pues tal era de derecho
Y bien va quien le obedece.
Bien está veniros presto
De Toledo á vuestras gentes
Que sinó vuestros estados
Buscando rey se anduviesen,
Perdido tiempo, en cuestiones
Entre muchos pretendientes,
Y Castilla en tal estado,
Pesados sus intereses,
No tuviera mas remedio
Que volver á nombrar Jueces
Y un Laino y un Rasura

No hay hallar cuando se quiere.

Tampoco á Castilla pesa
Que sepáis de los infieles,
Que él que á su rival conoce
Su media victoria tiene
Cuando tantos ojos velan
Tantos lujos cordobeses,
La opulencia y aparatos
De los pueblos del Oriente,
Cadáveres perfumados
Sin porvenir ni presente.

Que sea en Santa Gadea
La Jura muy bien parece,
Y por Cortes acordada,
Y el ceremonial solemne,
Y que Vos veáis en éllo
Vuestro bien y buena suerte,
Pues el pueblo de Castilla
Ha tenido muy presente
Lo que vale un juramento,
Cuanto mas si juran reyes.

Seiscientos van y mas años
Que respeto tal merece
El juramento, que es prueba
La mayor en nuestras leyes,
Y de tan antiguo trae
Su venerable progenie
Que entre los polares hielos
Su reputacion se pierde,
Y un hombre que jure en falso
Castilla toda no tiene.

Y con ésto cuando, osada
Alguna lengua digere
De Vos lo que decir nunca

Humana lengua no debe,
Y os culparen por Zamora,
O en sospecha ó cual quisieren
Diréis Vos y vuestro pueblo
A tal osado que miente,
Y mil veces que tal diga
Que mentirá otras mil veces.

Las famas que en lenguas andan
Jamás ganan, pero pierden,
Y es preciso tal abismo
Socabar donde anduvieren
Que enmudezca el insensato
Antes que palabra suélte.»

El Rey paró silencioso,
Al Cide miró de frente,
El Cid hizo reverencia,
Vió el Rey si alguno moviese
A palabras por aquellas
Del Cid, dió espacio solemne,
Y como callasen todos,
Mandó dar fé, y que escribiesen
Lo tratado por la Junta,
Y el Rey á su estancia fuese.

VII.

LOS MUERTOS VIVEN.

Graves hechos graves horas
Consigo traén y envuélven,
Que el varon mas esforzado
Hombre és tan solamente
Aunque á muchos de la tierra

Otra cosa les parece.

Consejo pide Rodrigo,
No encuentra quien le aconseje,
La Historia no le da ejemplo
Y la Historia entre sus jueces
Estima como el primero
Inflexible eternamente.

Medita, suplica, exclama,
Sordo el eco no devuelve
Ni el son de su acento agúdo
Que el aposento conmueve;
Solo el crujir de la malla
Responde al paso frecuente
Con que la estancia pasea
Con que convulso va y viene.

Aun no levanta la noche
Su paño adusto y doliente,
Burgos reposa en silencio
Y todo el contorno duerme.

Aún relucen las estrellas
Y los farolillos vénse
Con sus fatigadas luces
Colgados de los cordeles
Alumbrando las imágenes
De las calles y ajimeces,
Y el Cid se lanza á la calle
Y ruta sombría emprende
Por un recuesto que mira
Al crepúsculo de oriente.

No paso á paso camina,
Que es caminar de esa suerte
De filósofos mas propio
Que de guerreros valientes,
Que si aquellos han espacio

Espacio el génio no tiene,
Y hay tiempos que no dan tiempo
Y son los mas excelentes.

Dobla la cuesta, vá al páramo,
Baja y sube otras dos veces
Por una revuelta senda
Que se enrosca como sierpe
Y en un angustiado valle
Rojo, estéril, solo, inerte,
De Cardaña el Monasterio
Como una tumba aparece.

En esto, á las oraciones
Toca el monge, se conmueve
El vallado al son que lanza
El bronce sagrado; tiene
La brida el guerrero y para
Descúbrese, reza y mueve.

—¿Quién va allá?—Dicen de adentro
Al llamar del Cid—Fray Lésmes,
Ábrame—¡Por Dios bendito!
—Se oye decir—¡Si parece
Don Rodrigo!—El mismo, amigo,
Tenga el bruto y aquí espere,
Que tráigo prisa, y el caso
Óprime sobradamente.

Ciérrase el portón gimiendo,
Traspone el pátio y las fuentes
El Cid, y el átrio y el claustro,
Toma una arcada que tiene
Por cabo una puerta, empújala,
El guerrero, y aparece
De tumbas sembrado un campo
Y bojes y mirabeles.

Detiene el paso el guerrero

Párase, al fin, de repente,
Y al pié de un sepulcro alto,
Bordado de caracteres
Grosos, desiguales, rústicos,
Del parásito ya verdes,
Descubierta la cabeza,
Dice el Cid cual si le oyésen:
«Tumba de Diego Láinez,
Y Láin mis ascendientes,
De vosotros jamás tumba,
Mas, tumba de los infieles;
Habitacion de los cuerpos,
No de los génios ardientes,
En los cuales se abrasará
Si se acercase la muerte,
Garganta por cuya fauce
Suben mis frases solemnes
A las áuras donde moran
Las legiones de los héroes,
Escucha, pues que tu hijo
A pedir consejo viene
Y hora deja de ser roca
Y á roca al marchar yo vuelve.
Sumiso aquí el Cid te escucha,
Padre, en vida como en muerte,
No se diga que altanero
Hizo un dia malamente
Quien antes vino á Cardaña
De hacer lo que hacer pretende.
La Jura, padre, se acerca,
A la Jura el Rey se aviene
Y no hay en Castilla un hombre
Que á tomarla se atreviere:
¿Es qué la sangre en las venas

Se hiela por delicuente,
O no existen ya varones
De tu estirpe ó tu progenie?
Responde, padre, que el alma
El habla perder no puede
Por que carezca de boca
Donde mas que gana pierde.

Alumbra entónces la tumba
Un rayo de sol que hiere
La recta desnuda espada
Del busto marciál yacente,
Y á la luz, vigor cobrando
Los oscuros caracteres,
El Cid que respuesta aguarda
Repara y pausado lee:

«Justicia Diego Láinez,
Justicia hicieron los Jueces,
Justicia los reinos hace,
Sin élla los hombres mueren.»

Bien está, Rodrigo exclama,
Pero la justicia quiere
Sobre dos que forman pléito
Que haya un juéz que es quien resuelve.

Y el Rey en el pleito es parte
No hay dudar, luego no puede
Ser el juéz de éste litigio
Que otro juéz busca y merece:

No fueras padre si ahora
Cual haces no respondieses.»
Y puesto el Cid de rodillas,
En el sepulcro la frente,
La diestra sobre tizona,
La izquierda sobre las sienes,
Permaneció breve espacio,

Levantóse de repente,
Y lanzando una mirada
De gratitud sobre el césped
Que gloria tanta recubre
De siempreviva y laureles,
Sale afuera, y en un punto
Monta á caballo, requiere
La espuela, y á gran galope
A Burgos Rodrigo vuelve.

VIII.

HÁBLAN GENTES.

Gran concurso se ve en Burgos
Por todas calles y plazas
De nobles y de pecheros
Que se juntan y que hablan
De la Jura que está próxima
Con día y hora acordadas,
Y se agilan y se mueven
De tal suerte desusada
Que en Castilla tal no han visto
En toda su Historia larga.

Y dice un corro de gentes,
Donde mas bullen y tratan,
Que es la exigencia del pueblo
Importuna y demasiada
Y toca ya en desacato
A su señor y monarca,
Y los venideros siglos
Muy mal habrán de juzgarla.
Un guerrero tal lo ha oído

Y ha vuelto airado la cara,
Y ha torcido el entrecejo,
Y ha dicho medias palabras,
Con lo que los castellanos
Que aquel redondél formaban
Le han dado lugar sañúdos
Y le han exigido el hábla.

«Ni la evito, ni la niego,
Ni la temo, ni se gasta,
Dijo el caudillo, en las calles
Ni en conversación de plazas,
Que hablar pide sitio y seso,
Que es cosa subida y cara.

Pudisteis allá en la junta,
Decir cuanto os viene en gana,
Que á negocio ya tratado
No es difícil poner faltas,
Cual lo es en sazón propia
Prevenir las ó evitarlas.

Lo que dirán otros siglos
De la Jura y circunstancias
Es que tuvo esta Castilla
Sesúda gente y de marca,
Que es mucho para tropiezo
Asunto de monta tanta;

Y los que tal motejaren
Es preciso que tal hagan,
Por que sepan bien el hecho,
Que contarle no les basta.

Relieve piden los hechos
De la noble Historia pátria
Por que se adelgazan mucho
Con el tiempo y la distancia,
Y si descáis Historia

Procuráos realizarla,
Que si no tendréis en blanco
El libro de vuestras páginas.

Inmortales son los tiempos
Que producen enseñanza,
Que los que se van sin élla
En vano vienen y marchan,
Y, por Dios, que todo es poco
Si de gobernar se trata.»

«Ufano va el buen guerrero,
Dijo un mercader que pasa,
Y vino á sazón y tiempo,
Segun lo que se me alcanza,
Pues la Jura necesita
Quien la tome al Rey mañana
Y no hay alguno que quiera
Meterse en cosas tan árduas.

«Bueno fuera, por mi vida,
Que el asunto se dejára,
Después de sonido tanto,
Por tan diminuta causa,
Dijo el caudillo afirmando
La diestra sobre la espada:
Venga el día y llégue el plazo,
Que me está diciendo el alma
Que no faltará la Jura
Por excusas tal livianas.

La haréis vos (dijo el del campo
Que ha pocos días estaba
Al pié de un peñón tajado
Tratando del Rey de España)
Pues llegastéis así á punto:

Así será, récio exclama
El guerrero, de tal suerte.

Que cuantos suben y bajan
Paráronse repentinos
Por saber lo que allí tratan.

Entónces entre el tumulto
Dijo el caudillo: «Mañana
Sabreis que Rodrigo Diaz
Lo que debe presto paga,
Y que cumple cuanto dice,
Y dice lo que hace falta,
Y falta un pueblo siquiera
De su temple y de su raza.»

IX.

VIGILIA.

Don Alfonso aquella noche
Va pasando toda en vela
En un salón del Alcázar,
Pues de léjos en las rejas
Se ve claridad rojiza
Y alguna vez la candela.

Hasta las seis de la tarde
Precedente todos cuentan
Que no ha de verificarse
La Jura en Santa Gadea,
Por que se excusan los nobles,
Y los pecheros recelan,
Y no se atreve ninguno
Con el peso de la empresa,
Pues las cosas no parecen
De léjos lo que de cerca,
Y es tanto pueblo el que viene

Y tal la magnificencia,
Tan grande el preparativo,
Tan rica la pompa régia
Que créen que no habrá úno
Del Reino en toda la tierra
Que exija aquél juramento
Que el Rey á decir se presta.

Mas ha llegado Rodrigo;
Al juéz ha pedido audiencia,
Y ha dicho que es de Castilla
Nunca oidas farsa y mengua,
Despues que el Rey lo demanda
Y el pueblo pidió se hiciera,
Por falta de un hombre solo
Faltar á tan grande fiesta,
Y el juéz á Rodrigo ha dicho
Que está bien toda su arenga.

El Rey al caer la úna
Ha matado la candela
Y apartado la clepsidra
Que tiene sobre la mesa;
Se ha acostado, no ha dormido,
Se ha vestido con presteza,
Y á las dos ha dado órden
Que le enciendan una vela,
Y le vuelvan la clepsidra
Para ver caer la arena.
Ya velóz se le hace el tiempo,
Ya le acusa de pereza,
Ya pasea distraído,
Ya se para, ya se sienta,
Pues jamás saberse puede
Lo que quiere la impaciencia.
Ha comenzado una carta

Para Castilla la vieja,
Y ha previsto el real sello
Que debe ponerse en ella,
A su hermana Doña Urraca,
Que como madre respeta,
Tambien otra carta ha escrito
Con pulso que se retiembla,
Y ha rasgado las dos cartas
Al caer las tres y media.

Entónces el Rey se ha dado
A mirar por una reja
Desde la cual se dominan
Dos montañas y tres cuéncas,
Dó van pasando en las sombras
Negras fantasmás siniestras.

El viento á lo léjos muge,
Ondúlan las alamedas,
Huyen las nubes fingiendo
Apariciones funestas,
Late el mastín, grita el cárabo,
Y la lechuza chichea,
Y en medio de la espesura
La récia mole de Huélgas
Parece adusto gigante
Que por las sombras pasea
Su largo talar de luto
Pendiente de la diadema.

El Rey reposa un instante
Sobre un sillón de baqueta
Para procurar descanso
A su agobiada cabeza,
Y aumenta así la fatiga
Por que en vez de dormir, sueña.

Sueña que es Rey y obedece,

Que sus vasallos gobiernan,
Que solo rudos obstáculos
Y contradicción encuentra,
Que el pueblo proclama fueros
Que es preciso echar afuera
Y todo un Rey de Castilla
Jurará en Santa Gadea:
Al léjos en blancos paños
Y diáfana toca envuelta
Con jóven, benigno rostro
Una matrona se muestra,
Que exclama en acento dulce
Y en atractiva elocuencia,
Que los reyes son del pueblo
Padres nobles que protejan,
No hacedores de desgracias
Ni los que, tal vez, promuevan
Distúrbios que den en sangre
Y en vez de descanso guerra.
Que por su poder se obligan
A mas martirio y prudencia,
Y el anteojo perdería
Su razon si la tuviera.
Que no es rey el amor propio,
Pero sí quien bien comienza
Por rendirse bajo el cetro
Que ve brillar en su diéstra,
Y él es el primer vasallo
De su autoridad suprema.
Pero se entúrbia la atmósfera
Con espantable tormenta
Que dueña de los espacios
Los cielos todos agrieta.
La luz azul del relámpago

La cárdena faz presenta
De otro ser que enfurecido
Batalla con la Prudencia
Con una copa en la mano
De vívoras y culebras;
Néctar dulcísimo envía
El bien sin cesar sobre éllas,
Mas, las vívoras voraces,
En vez de beber el néctar,
Se agitan y se revuelven,
Se anudan y se atropellan;
Y en tan espantable lucha,
En tan obstinada guerra,
El Rey, de sudor cubierto,
Empeorado despierta.

La lámpara, entónces, toma
Que advierte sobre la mesa,
Y es de ágata transparente,
Y aderezando la mecha,
La prende en la vacilante,
Tibia luz de la candela.
Tómala en la izquierda mano,
Y poniendo la derecha
Entre la luz y la vista,
La palma á la luz frontera,
A todo el largo aposento
Así va dando la vuéltá
Que adornan en pedestales
Nobles estátuas de piedra.

Allí está el rey Don Fernando,
Y haciéndole reverencia,
Admira de su buen padre
La abnegacion y proezas,
Que hiciéronle de dos reinos

Padre y rey en una pieza.
Está el Conde independiente
Una mano en la cadera,
La ótra sobre la maza
Que está descansando en tierra,
Mas que guerrero político
Y salvó la España entera.

De Almozore el orgulloso
El vencedor ve allí cerca
Hollando la media luna,
La vista baja, la diestra
Enarbolando la espada
Sobre la condál diadema,
Que parece todavía
Que en Caltañazór peléa
Y al léjos la chusma huye
En sus despojos revuelta.

Están Láin y Rasura
En sillones de madera
Con la vara de justicia
Inquebrantable y excelsa
De la paz vivificante
Bajo la radiante auréola....

De aquí el Monarca no pasa
Que la luz, ya macilenta,
Que conduce se le apaga
Por que el oriente alboréa.
Pensando está si conviene
Que amanezca ó no amanezca,
Mas mirando de aquel día
La rosada luz primera,
Exclamó en acento firme
«Don Alfonso jura y réina.»

X.

SANTA GADEA.

No hay poder poner la planta
En la cuesta ni el camino
Que baja á Santa Gadea
De lo alto del Castillo;
De gente están llenos todos
Los muros y los estribos,
Las ruinas y terraplenes,
Las calles y pasadizos,
Y hasta los tejados todos
Inunda tanto gentío.

Rompen la marcha pecheros,
Siguenlos los hombres ricos,
Mas tarde los de la Iglesia
Con féudos y Señoríos,
Municipales y Próceres,
Detrás el Rey, y al principio
A las márgenes y al último
Tal número de vecinos
Que no caben en el templo
La mitad de los que han ido.

Muchos miran al Monarca
El rostro, pero muchísimos
Al guerrero que va al frente
De una hueste de caudillos
Y que lleva en vez de espada
Un rollo de pergamino
Liado de cordón verde
Con las borlas de lo mismo.

Llevan cruces parroquiales

Con mangas de velludillo
En medio de los acólitos
Con ciriales encendidos,
Insignias, pendones, santos
De grémios y de distritos,
Hermandades, cofradías,
Que á la fiesta han acudido,
Y caminan poco á poco
Silenciosos y sumisos
Por que van cantando salmos
Los del clero y sacros himnos.

En grupos y en mallas todos
Se ven los que han ofrecido
Justár por la tarde en campo
En son de gran regocijo,
Y ya se divide el pueblo
En diferentes partidos
Unos que quieren torneo,
Otros el Dgerid en círculo,
Y esotros alguna hazaña
Contra el moro mas vecino.

Sonar se oyen los clarines
Entre el tumultuoso ruido
De campanas que voltéan
Y las voces de los chicos,
Anárquicos pregoneros
De públicos regocijos,
Y entre el compás monotonó
Del atabál y los gritos
De víctores al Monarca
Y al noble varon invicto.

Ya muestra Santa Gadea
Su color pardo, rojizo,
Sus ventanas, que aspilleras

Parecen, con verdes vidrios,
Su redonda escasa puerta,
Sus variados canecillos,
Sus pesados capiteles,
Acodillados, distintos,
Y las cruces que labraron
Al consagrar el recinto,
Cuando van parando todos
Por el orden que han venido,
Que si el Rey no entrá en el templo
Nadie entra, salvo, digo,
El clero con sus pendones
Y el preste con sus ministros.

Es la Iglesia de una nave,
Del Bajo Imperio al estilo
Y buena altura, con bóveda
De sillares reducidos,
Y aristas de gruesos vólteles
En las escócias metidos
Que en los ápices se juntan
En florones bizantinos.
La puerta da al mediodía,
El altar á Oriente fijo,
Cuya espalda forma ábside
Cuajado de geroglíficos.

En el centro de la Iglesia
Para el Rey; que está vestido
De loriga por adentro,
Por fuera de largo y rico,
Regio manto de escarlata
Con borlones de oro fino,
Que le cuélgan sobre el pecho
Hasta el borde del gran cinto.
Cortado lleva el cabello

Recuadrando el rostro altivo,
Y la larga, espesa barba
Rematada en sus dos picos
Con las cejas, que son negras,
Y los ojos encendidos,
De magestad y bravura
Tal conjunto tan magnífico
Dan al Rey, que verle impone,
Pero mas sí mira fijo.

Todo el acompañamiento
De Señores y Caudillos,
Guardianes, pages y mozos,
Se arrodillan, que han salido
Al altar los sacerdotes
Y comienza el Introito
A limpia voz, canto llano
Segun los monges benitos.

Al terminar este cántico,
Un guerrero diamantino
De pies á cabeza negro,
De camisote y de cinto,
Que parece todo malla
Del corazón al vestido,
Al Rey se acerca y acata,
Cuádrase, y el Rey que ha visto
Llegado el instante, marcha,
Siguiéndole el gran caudillo,
Y en llegando al presbiterio
Se pára al peldaño quinto.

Cesa el coro, y un silencio
Reina temeroso y místico,
Que el acto á todos impone
Y el suceso es inaudito.
En medio de aquella cripta

De repente tal se ha oído.

—¿Juráis, el Rey Don Alfonso

Por quien sois, cual es preciso,

Y el libro del Evangelio

Que tocáis, no haber tenido

Parte alguna en la cruel muerte

De Don Sancho?—Juro, dijo

El Rey y tornó el guerrero

A decir.—¿Juráis, repito,

La diestra sobre la espada?

Y el Rey repitió lo mismo,

Y otra vez sobre el cerrojo

De la puerta del recinto.

«Sabeis, pues, los castellanos,

Gritó en alta voz Rodrigo,

Como el Rey, como cristiano,

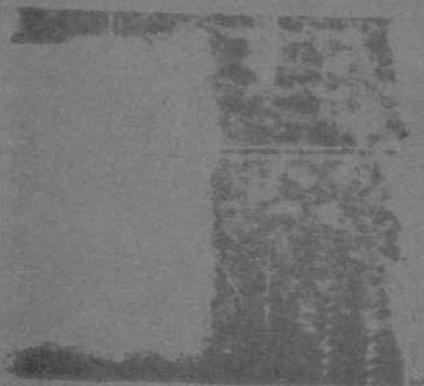
Ciudadano y buen caudillo,

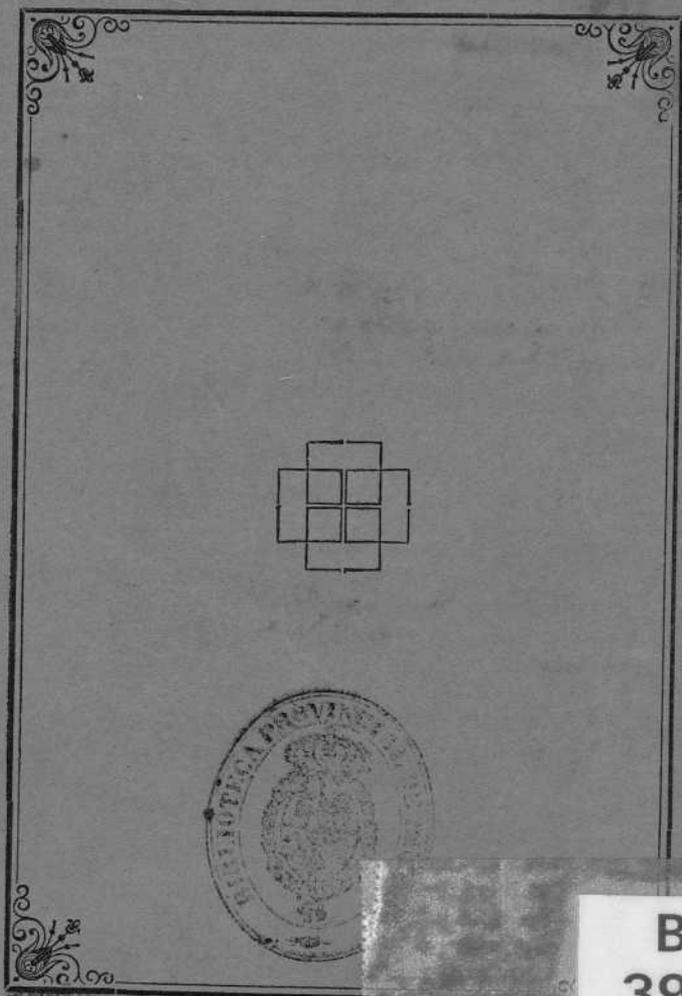
De toda *mancha y sospecha*

De mal hacer está limpio.»

Rodrigo fué desterrado

Y jamás del Rey bien quisto.





BU
3991
(4)